

HOY NOS TOCA MILAGRO

Vamos a ir de peregrinación, pero de peregrinación de verdad: haremos unas etapas en burro y otras a pie, y al mes y medio regresaremos igual, no en tren, avión o coche como se solía hacer en el siglo XXI.

Ya sabemos que existen tantas motivaciones casi como peregrinos para hacer la santa caminata, pero como a casi la mayoría de los romeros a nosotros nos mueve fundamentalmente el móvil piadoso, el de la devoción. Como por miedo a bandoleros y ladrones nos tendremos que agrupar con otros viajeros, esperamos tener suerte con los compañeros de viaje. Por de pronto nos hemos puesto de acuerdo para contratar un guía para las dos próximas etapas que, por la naturaleza montañosa del trayecto, pueden presentar dificultades para encontrar los pasos y puentes adecuados.

Antes de salir, en el monasterio de nuestro pueblo nos hemos informado de las cosas básicas, sobre todo de la existencia de hospitales, albergues y limosnas por si nos hiciera falta acudir a ellos.



Otra de las informaciones que interesaban sobremanera a los peregrinos eran los atractivos espirituales esparcidos a lo largo de la caminata. Los hubo y no pocos, pero había que saber dónde estaban, a lo que solían contribuir los guías y los monasterios.

Era importante saber donde se hallaban los santuarios comarcales en los que, aparte de poder orar recatadamente, se añadía el hecho de que podían ofrecer cobijo momentáneo en los edificios anejos a la ermita, de manera que no es extraño que se hayan encontrado veneras o conchas de peregrino en algunos de ellos, como en Santa Elena (Biescas) o Nuestra Señora de la Consolación (Monroyo).



Pero el sumum era poder orar en un santuario digamos universal, aquel capaz de ser polo de atracción romera por sí mismo o de generar largos desvíos de la ruta original, tanto por los milagros obrados en ellos como por los bienes espirituales que custodiaban como las tumbas de santos y las reliquias. Aragón tuvo nada menos que tres de estos santuarios en Zaragoza (Pilar), San Juan de la Peña (Monasterio) y Huesca (Nuestra Señora de Salas), más o menos atractivos a lo largo de los siglos XI al XVIII.

Por otro lado, importante para el peregrino era saber si en el camino trazado había lugares con indulgencias activas, asunto éste que originó nada menos que la escisión de la Iglesia Luterana. De los muchos posibles, sirva el ejemplo el hecho de que, por trabajar en las obras de un puente necesario para mejorar un camino, se podía obtener la remisión total o parcial de la pena temporal debida a los pecados perdonados. Casi nada. Conocemos muchas, muy abundantes, y sabemos como el Papa Luna, Benedicto XIII, fue campeón en promulgar indulgencias por todo Aragón.



Lignum Crucis. Jatiel.

El de las reliquias fue también objeto fundamental del debate con el mundo protestante, tanto que Calvino ironizó afirmando que se podría cargar un barco con los fragmentos de la corona de espinas que llevó Jesús en su camino hacia el Calvario, pero desde Roma, a partir de Trento, se siguió defendiéndolas a ultranza y Aragón quedó inundado de ellas. Es normal que las reliquias más buscadas fueran las que tenían que ver con Jesús y la Virgen, pero pronto tal devoción se hizo extensiva a los santos y mártires. El caso es que las reliquias fueron un lamín espiritual para los peregrinos pues les ponía en relación con un mundo superior, divino.

A las reliquias se sumaron los ‘corporales’, de los que hemos ido a visitar uno de los muchos que se dieron en Aragón, los de Aniñón. Pero hasta que se inventó la oración a distancia, que es bastante moderna, hacerlo abrazado a la tumba de un santo constituía un privilegio único. De manera que se pusieron también de moda por los beneficios espirituales que se desprendían de ellas, aunque Aragón no tuvo mucha fortuna en este aspecto. En su momento iremos también nosotros a rezar a la tumba de uno de ellos, San Ramón, en Roda de Isábena.

No obstante, en este mundo de religiosidad extrema, los milagros encabezan la lista de los atractivos espirituales. Es bien conocido por todos la existencia de una importante nómina de Cristos crucificados, entre los que destacan sobremanera algunos prolíficamente milagrosos, como los de Alquézar, Ariza, Báguena, Binéfar, Cadrete, Graus, Huesca, Luna, Monzón, Teruel, Tierga, Villarquemado y Zaragoza.

Singular relevancia tuvieron los milagros de Nuestra Señora de Salas, diecisiete de ellos glosados nada menos que por Alfonso X el Sabio en sus famosas *Cantigas* y, como no, los de Nuestra Señora del Pilar, de los que en 1680 se daba a la luz un *Compendio de los Milagros de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza*, obra de José Félix de Amada, con sesenta milagros reconocidos.

También sirvieron de imán, aunque en un escalón inferior, el Santo Vaso de Torrente de Cinca y las Reliquias Milagrosas de Castiello de Jaca. En Torrente, los Trinitarios levantaron un convento en 1550 atraídos por la fama alcanzada por un vaso existente en el pequeño santuario del que manaba aceite milagroso, pero que había quedado olvidado. Desde entonces, los peregrinos comenzaron a desviarse ex profeso para tratar de curar sus dolencias, contándose entre ellos el propio rey Felipe II.

Lo sucedido en Castiello de Jaca lo vamos a conocer reproduciendo una leyenda de los siglos XIV-XV.

“En cierta ocasión, amparado por las facilidades que proporcionaba el camino de Santiago que, entrando por el Somport, se dirigía hacia Jaca, llegó a Castiello de Jaca un peregrino que venía de Francia. Aparte de su zurrón, donde sin duda llevaba las viandas imprescindibles para aliviar su caminata, cargaba al hombro un saco bastante voluminoso. Así atravesó el camino hasta llegar a Castiello, en cuya hospedería durmió aquella noche. A la mañana siguiente, sin mediar casi palabra, se dispuso a marchar con el saco a la espalda, pero a la salida del pueblo el peregrino cayó muerto, como fulminado. Inmediatamente acudieron a auxiliarle y le llevaron, antes de enterrarlo, a la losa del cementerio.

Ante la sorpresa de todos, el peregrino volvió a la vida súbitamente y, de manera apresurada, emprendió de nuevo su andadura, pero otra vez cayó muerto al salir de Castiello. Quienes lo recogieron se aseguraron de que realmente había fallecido. Pero el caso es que hasta cuatro veces se repitió tan extraordinario hecho: si se iba de Castiello, el peregrino moría; cuando lo devolvían al pueblo, resucitaba.

Naturalmente, intentaron ahondar en aquel misterio, máxime cuando observaron que cada vez que emprendía el viaje de nuevo, conforme se iba alejando, a cada paso que daba el romero se encorvaba más y más.

Fue entonces cuando el peregrino contó que le habían encomendado transportar el saco que cargaba a la espalda, advirtiéndole que cuando éste aumentara de peso no se resistiese. Así es que, a la vista de lo sucedido, aceptó la idea de que tenía que dejar el saco en Castiello, puesto que no era capaz de salir de allí. Lo que no sabía era qué contenía el misterioso saco, así que decidieron abrirlo, apareciendo unas reliquias que fueron depositadas en la iglesia, donde todavía se conservan. Aparte de varias pertenecientes a diversos santos, destacan una espina de la corona de Cristo y una astilla de la cruz en la que murió.

Cumplida su misión, el romero siguió viaje hacia Santiago, pues quería dar gracias al Apóstol por haberle salvado reiteradamente la vida”.

La noticia de tan milagroso hecho corrió como la pólvora por todos los confines, de modo que desde entonces Castiello se convirtió en parada obligada de los romeros para rezar ante ellas, guardadas en una arqueta de plata, y conseguir los beneficios espirituales que sin duda irradiaban. La arqueta y las reliquias han sido restauradas y entre otros santos, aportan reliquias Lucía, Bárbara, Cecilia, Vicente Ferrer, Tomás de Aquino, Juan Bautista, Pedro Arbués, Antonio de Padua, etc. Cabe añadir que al menos en dos casas particulares de Castiello se conservan también reliquias, aunque no son mostradas al público.

Con nuestro viaje a Castiello de Jaca –precisamente en un momento de crisis de la Humanidad entera a consecuencia de un mal que aún no sabemos controlar– quizás tratemos de comprender por simple empatía a nuestros antepasados sin los cuales nosotros no estaríamos aquí. A ellos les tocó vivir muchas y variadas crisis y ni siquiera podían confiar en la ciencia como lo hacemos nosotros esperando una vacuna. Solo les quedaban los asideros que acabamos de ver.

Si lo visto y vivido no nos es suficiente, no hay que recorrer muchos kilómetros para redondear el viaje. Al lado mismo tenemos grutas con murciélagos y picos con nieve; mucho románico adormecido en cualquier dirección; valles para perderse andando o en bici; pistas de nieve con telesillas; puentes de río logrados a base de indulgencias; estación digna del Oriente Exprés; fuertes fusileros para disuadir al gabacho; quizás setas si es el tiempo...



Arqueta conteniendo las reliquias.